

Sociológica, año 19, número 56, pp. 267-276
Septiembre-diciembre de 2004



*El votante mexicano.
Democracia, actitudes políticas y
conducta electoral, de Alejandro Moreno*¹

*Esperanza Palma*²

El libro de Alejandro Moreno, *El votante mexicano. Democracia, actitudes políticas y conducta electoral*, es un texto indispensable para los estudiosos del comportamiento electoral debido a la información que proporciona, al análisis estadístico realizado y a la sólida base empírica de las hipótesis planteadas. El autor desarrolla una línea de investigación relativamente novedosa en la academia mexicana, que consiste en abordar el fenómeno electoral y, en particular, el análisis de las bases sociales de los partidos y la dimensión ideológica de la competencia política, a partir de datos a nivel individual tomados de encuestas de opinión pública. Con base en la utilización de 42 encuestas nacionales realizadas entre 1981 y 2001, entre las que destaca la “Encuesta Mundial de Valores”, se realiza un análisis documentado sobre los rasgos del comportamiento electoral durante la democratización.

La mayoría de los estudios en México sobre el comportamiento político-electoral se han centrado en el uso de la estadística electoral para establecer tendencias por partido y sugerir algunas hipótesis sobre las características socioeconómicas de los votantes. Por ejemplo, los estudios de Guadalupe Pacheco han mostrado que durante décadas se desarrolló una fractura entre los electores del campo y la ciudad, a partir de la cual los primeros conformaron el bastión del PRI mientras los electores de las zonas urbanas eran tendencialmente opo-

¹ Alejandro Moreno, *El votante mexicano. Democracia, actitudes políticas y conducta electoral*, Fondo de Cultura Económica, 2003, 252 pp.

² Profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, av. San Pablo, núm. 180, col. Reynosa-Tamaulipas. Correo electrónico: epc@correo.azc.uam.mx

sicionistas.³ Si bien estos estudios han hecho aportaciones muy importantes para entender el fenómeno electoral, presentan límites en cuanto a la posibilidad de explicar y detallar cuáles son los perfiles sociológicos de los electores que apoyan a los partidos. Es en este punto que el libro aquí comentado logra su aportación central, al ofrecer nueva evidencia empírica y al retomar las teorías, los conceptos y la línea de análisis desarrollada en la academia estadounidense sobre la identificación partidista y su importancia para explicar la orientación del voto, sin descuidar el peso de factores tales como los cálculos, las estrategias de los electores y las evaluaciones retrospectivas y prospectivas. Así, hay una referencia constante a textos clásicos como el de Campbell, Converse, Miller y Stokes, *The American Voter*, los textos de Morris Fiorina sobre el voto retrospectivo, *Retrospective Voting in American National Elections*, y los estudios de Ronald Inglehart sobre el impacto de las fracturas sociales en la estructuración de los sistemas de partidos. En el análisis realizado por Moreno confluyen algunas teorías sociológicas y de la identificación partidista y, tal vez en menor medida, la teoría de la elección racional, para ofrecer un cuadro complejo de las características de los votantes, sus posiciones ideológicas y sus preferencias partidistas. Con base en estas herramientas teóricas, el libro presenta hallazgos empíricos de fundamental importancia para entender el comportamiento del electorado mexicano a lo largo de la democratización y la herencia de este proceso después de las elecciones de 2000.

Algunas de sus tesis centrales, desarrolladas a lo largo de nueve capítulos, son las siguientes: i) la identificación partidista ha sido central en la configuración de la conducta electoral; ii) la división fundamental entre partidos y electores durante la democratización ha tenido como eje central el cambio democrático versus el autoritarismo; iii) la coalición del cambio que llevó a Fox a la Presidencia en 2000 se fue gestando a lo largo de varios años y tenía un carácter complejo y diverso en cuanto a posiciones político-ideológicas, lo cual colocó al PAN en una posición de “partido atrapa-todo”.

En el capítulo 2 el autor presenta la primera tesis según la cual la identificación partidista en México es de enorme relevancia para

³ Véase, entre otros, Guadalupe Pacheco, *Caleidoscopio electoral. Elecciones en México, 1979-1997*, Instituto Federal Electoral/Universidad Autónoma Metropolitana/Fondo de Cultura Económica, 2000.

entender la conducta electoral, y ha sido bastante estable, a pesar de que ha ocurrido un doble fenómeno de conversión y reemplazo de votantes. La tesis puede parecer sorprendente si se toma en cuenta la frágil tradición partidista en nuestro país y los problemas de definición programática, debido al desarrollo tardío del pluralismo político y de la competencia partidista. Retomando el modelo de identificación partidista desarrollado por la Escuela de Michigan, el autor encuentra que: i) a pesar de que antes de 2000 el PAN y el PRD se ubicaban del lado de la oposición y el PRI del lado gobernista existían diferencias importantes de clase, posturas frente a temas de campaña e ideología, entre los seguidores de los primeros dos partidos; ii) la identificación, entendida como una adhesión psicológica, tiene un impacto en otras actitudes y conductas; por ejemplo, los partidistas duros tienen más probabilidades de votar que los que no lo son; iii) el partidismo permea la visión sobre candidatos y campañas independientemente de la viabilidad de los líderes y las propuestas; iv) en los años de la democratización hay una disminución de las adhesiones priistas y un aumento del panismo. La identificación con el PRD ha tenido una trayectoria más inestable, ya que tuvo su punto más alto al momento de su fundación para descender durante los noventa (p. 36); v) los independientes ascienden a una tercera parte del electorado. Entre 1999 y 2002 representaban 35% de los votantes.

La conclusión fundamental es que las proporciones de electores identificados con los tres principales partidos y de electores independientes son muy consistentes a lo largo del tiempo y la evolución del partidismo parece ser un retrato fidedigno de la realidad política del país, esto es, se corresponde con una caída gradual en la votación priista, un aumento de la identificación y la votación del PAN y un aumento de la identificación con el PRD, aunque en este caso no se trató de una identificación de largo plazo, tal como se refleja en sus vaivenes electorales (pp. 39-43).

En el capítulo 3, el autor analiza las determinantes sociales de la identificación partidista, tomando variables tales como el género, la edad, la escolaridad, el ingreso, el posicionamiento izquierda-derecha, la religiosidad, la exposición a noticias y la región, las cuales van perfilando bases sociales diferenciadas de los partidos. En el modelo desarrollado, los siguientes hallazgos son de especial interés: la escolaridad es significativa en un sentido negativo en los casos del priismo y el

perredismo y positiva en el caso del panismo (p. 72) y el ingreso es significativo para explicar el panismo (p. 66). Sin duda, uno de los hallazgos más trascendentes es que la autoubicación de izquierda y derecha de los electores es la variable más importante para explicar el partidismo (p. 66), fenómeno que se analiza en detalle en los capítulos 5 y 6.

En el 4 el autor retoma planteamientos teóricos en relación con la fluctuación del partidismo y el papel de las evaluaciones retrospectivas como un factor de influencia en el partidismo y analiza, a partir del “Estudio Panel México 2000-2002”, las variantes en la identificación partidista. El autor considera la tradición familiar, la ideología del partido, los candidatos, la idea de que es un partido ganador, las creencias en que el partido lo representa a uno y en que el partido gobierna bien, y evalúa el peso de cada uno de estos componentes en las identidades con los tres partidos. No se pueden detallar aquí todos los datos que arroja este análisis. Basta decir que el factor clave es la identidad partidista previa, lo cual habla de la lealtad partidista a lo largo del tiempo. El priismo tiene una fuerte base en la tradición familiar y en el electorado de mayor edad; el panismo se alimentó de la figura de Fox y de la doctrina y el desempeño del partido a partir de su experiencia en gobiernos locales, mientras que el perredismo tiene una base importante en la ideología y la clase y entre individuos de bajos ingresos (pp. 103-105). No es sorprendente que uno de los hallazgos del estudio sea que el PRI conlleva la adhesión psicológica más fuerte, debido a su trayectoria como partido hegemónico. En contraste:

El PRD y el PAN han logrado avanzar electoralmente en los últimos años, pero el sentido de adhesión o identificación que han desarrollado entre sus seguidores parece más arraigado al momento de la fundación (en el caso del primero) y de la alternancia política (en el caso del segundo), y al liderazgo de figuras carismáticas (Cárdenas en el primer caso y Fox en el segundo), que a un proceso de socialización e internalización del partidismo como lo fue y parece seguir siendo el caso del PRI. (p. 107).

Lo anterior sugiere algunos problemas para la consolidación del PAN y el PRD en la medida en que sus momentos de identificación altos parecen estar más bien dados por momentos específicos, lo cual puede

hacerlos más vulnerables a factores de coyuntura.

Una de las aportaciones más importantes de este libro es el análisis realizado, a lo largo de varios capítulos, de las dimensiones ideológicas de la competencia partidista. A partir de la evidencia empírica recogida, el autor encuentra que los priístas son más de derecha, los panistas de centro y centro-derecha y los perredistas de izquierda. Dadas estas orientaciones, el autor plantea una de las tesis más sugerentes del libro: que el PAN es un partido “atrapa-todo” no debido a una ideología definida sino a que las orientaciones de sus electores abarcan prácticamente todos los perfiles ideológicos (p. 72). Esta tesis supone una paradoja, a saber: que las posiciones de los electores no se corresponden con las posiciones de los líderes partidistas:

Aunque el perfil ideológico de los electores partidistas mexicanos se resume en un PRD de izquierda, un PRI de derecha y un PAN “cacha todo” que, en promedio, se ubica en el centro del eje ideológico, los líderes y las élites partidarias han tenido posiciones distintas con el PRD a la izquierda, el PRI al centro y el PAN a la derecha (p. 74).

A partir de lo anterior surgen varias preguntas. La primera es si el carácter “atrapa-todo” del PAN responde a una estrategia deliberada de este partido. Si como argumenta el autor, el PAN ha desarrollado una ideología de centro entonces por qué los electores de diversas posiciones ideológicas pueden confluír electoralmente en este partido. Este tema lleva a otra pregunta central que parece ser particularmente importante en casos como el mexicano, en el cual ni los partidos ni la sociedad parecen haber desarrollado claras identidades ideológicas como en la tradición europea y la de los países anglosajones: ¿cuáles son las dimensiones del eje izquierda-derecha en México y qué entienden los electores por estos términos? En el capítulo 5 Moreno aborda esta cuestión a partir del análisis de las dimensiones ideológicas de la competencia partidista, la cual está atravesada por tres ejes: el eje democrático-autoritario, el social liberal-fundamentalista y el socioeconómico de redistribución económica-incentivos capitalistas (p. 117). Según el autor, el contenido de la dimensión izquierda-derecha estuvo marcado por la naturaleza del régimen político y por el cambio político. La izquierda se asociaba con la idea de cambio y transformación democrática mientras que la derecha con la defensa

del régimen unipartidista y el estatus. Este es un dato interesante en la medida en que el PAN fue identificado con el cambio a pesar de sostener posiciones de derecha en lo económico y en relación con los temas sociales. En cuanto al conflicto socioeconómico, éste tuvo menos relevancia que el de cambio político; sin embargo, la clase social no estuvo ausente de las definiciones ideológicas:

Las tendencias más prodemocráticas, más liberales y también más procapitalistas se expresaban comúnmente entre las clases medias escolarizadas de ocupaciones predominantemente profesionales y no manuales, que requerían al menos cierto nivel de especialización [...] En contraste, las actitudes más antidemocráticas, fundamentalistas y favorables a las políticas de redistribución social eran más probables entre los segmentos económicamente menos afluentes, de menor escolaridad y más propensos a tener ocupaciones de tipo manual, que requerían menores niveles de especialización (p. 110).

De ahí se deriva, entonces, que las clases medias urbanas, liberales en lo social y protodemocráticas, fueran la principal base de apoyo de los partidos de oposición mientras que las clases bajas, rurales, portadoras de actitudes autoritarias y fundamentalistas fueran las que apoyaran al PRI aún en 2000. Así, la clase social está relacionada con las posiciones en el eje democrático-autoritario. Esto llevó a que el PRI fuera colocado a la derecha, apoyado por los segmentos más autoritarios y fundamentalistas; el PRD a la izquierda y el PAN en el centro. De nuevo, como se mencionó anteriormente, este dato contrasta con las posiciones de la militancia y los liderazgos de los partidos. Un problema que deriva de este análisis es que en realidad parece que los ejes se cruzan. Ciertas posiciones de izquierda definidas en un sentido universal, como el principio de la distribución del ingreso, se pueden cruzar con un apoyo al autoritarismo. Seguramente esto se explica, en parte, por la tradición priísta que conjugó autoritarismo con intervención del Estado en la economía, por lo menos en algunos periodos. Debido a estos traslapes, algunos electores del PAN son liberales en lo social; no obstante, puede argumentarse que eso no lo hace un partido de centro; sus posturas frente a temas sociales como el aborto y la homosexualidad claramente lo ubican en la derecha. El problema de la falta de correspondencia entre las posiciones de los electores y las definiciones programáticas de los partidos se queda sin resolver en el

libro de Moreno. Tal vez una hipótesis alterna sea que en realidad los partidos no han tenido una influencia decisiva en la configuración de las posiciones ideológicas de los electores.

Del análisis de Moreno de las tres dimensiones ideológicas del electorado, el eje democrático-autoritario, el social liberal-fundamentalista, el socioeconómico de redistribución económica versus incentivos capitalistas, se concluye que:

...tanto la dimensión democrática como los valores liberales y fundamentalistas sí explican de manera significativa las posturas de izquierda y derecha de los mexicanos pero, contrariamente al sentido común y al contenido que le dan las elites políticas mexicanas, las preferencias de carácter socioeconómico por la redistribución del ingreso y el libre mercado no están claramente cristalizadas en la autodefinición ideológica de los votantes (pp. 121-122).

Es decir, que el eje socioeconómico, a diferencia de los otros dos, no define de manera importante las posiciones de izquierda-derecha. En consecuencia, las posiciones más liberales y protodemocráticas se definen de izquierda mientras que las posiciones de derecha son más antidemocráticas y más fundamentalistas. En este esquema, izquierda queda asociada a cambio y derecha a defensa del *status quo*. Lógicamente, de aquí deriva la conclusión del autor de que los electores del PAN y el PRD se encuentran más a la izquierda del PRI, estando el PRD más a la izquierda que el PAN. Una de las preguntas que surge es si, entonces, durante la democratización el PAN y el PRD tenían el mismo mercado electoral. La respuesta no parece ser afirmativa en tanto, como se explicó anteriormente, los perfiles socioeconómicos de los electores de ambos partidos son muy distintos, esto es, en tanto que factores tales como el ingreso y la escolaridad inciden en sentidos opuestos en la preferencia por cada uno de estos partidos.

Estos son algunos de los elementos que van perfilando las posiciones de izquierda y derecha en México; a diferencia de los casos europeos, los individuos más escolarizados con ocupaciones profesionales son más prodemocráticos mientras que los menos escolarizados y con ocupaciones manuales que requieren un menor grado de especialización son más autoritarios y, a la vez, más orientados a apoyar políticas de distribución del ingreso (p. 127). Así, el eje ideológico y el eje de clase se distribuyen de forma perpendicular, haciendo difícil obser-

var una relación clara entre ambos. De nuevo, en este punto encontramos que de acuerdo con las posiciones promedio de los electores, el PAN y el PRD son más protodemocráticos que el PRI en el eje político y también más liberales en temas sociales (p. 127). A este respecto el autor señala que la cara más liberal de los electores de 2000 no se explica por un cambio ideológico en el electorado blanquiazul, sino más bien por una transferencia de apoyos electorales de votantes que antes habían votado por el PRD.

En el capítulo 6 se retoma la discusión teórica sobre los factores que inciden en la decisión de votar y con base en encuestas de opinión se llega a la conclusión de que los electores que más probablemente acudirán a las urnas son aquellos que tienen un partidismo, mientras que los independientes puros son los que tienen menos probabilidades de acudir a votar (p. 153). El hallazgo más importante deriva del efecto de la información y el involucramiento político, medido por la exposición a noticias a través de los medios masivos e interpersonales de comunicación: es más probable que los más informados acudan a las urnas. Es un hallazgo polémico en tanto que otros estudios apuntan hacia una dirección contraria. Por ejemplo, el estudio de Temkin⁴ sobre el aumento del abstencionismo en las elecciones intermedias de 2003 concluye que los que menos acudieron a las urnas fueron los sofisticados. Este es uno de los problemas que quedan por explorar.

La confianza en el proceso electoral también está asociada con una mayor probabilidad de votar (p. 157), siendo la variable más importante la opinión acerca del Instituto Federal Electoral. Las percepciones de campaña también influyen en forma determinante en la probabilidad de participar electoralmente, y en concreto, en la probabilidad de triunfo de un candidato. En este punto es interesante otro dato: las campañas negativas centradas en la descalificación del oponente reducen la probabilidad de que los electores acudan a las urnas (p. 158).

En el capítulo 7 Moreno analiza la coalición del cambio en 2000. Como se ha planteado, Fox se benefició de una amplia coalición electoral que recogía apoyos de todo el espectro político. Fue una coalición que se fue gestando durante años a favor del cambio político y

⁴ Benjamin Temkin, "Explorando la dinámica del abstencionismo electoral", ponencia presentada en el Seminario para el Análisis de Encuestas Nacionales sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas, México, D. F., septiembre de 2003.

que no tenía un sentido programático (pp. 164-165). El autor se basa en un modelo convencional de decisión del voto para explicar el resultado de 2000, tomando en cuenta variables tales como la identificación partidista, la imagen de los candidatos, las evaluaciones retrospectivas y prospectivas, las posturas frente a los temas de campaña, las características ideológicas, sociodemográficas y geográficas de los votantes (p. 167). La conclusión central es que entre 1997 y 2000 el PRD perdió votantes de centro e izquierda, y el PRI también perdió votantes; lo que estos partidos perdieron lo ganó el PAN: el voto panista fue de alrededor de 6% más alto entre los electores de izquierda; 12% más entre los de derecha, y 18% más entre los de centro (p. 178). Todo lo anterior apoya su propia tesis de que el PAN es un partido “atrapa todo”: su electorado en 2000 fue amplio y diverso en un sentido ideológico, incluyente en el ámbito geográfico, con un peso desproporcionado del electorado joven, urbano y escolarizado, portador de valores democráticos y liberales (p. 186).

En el capítulo 9 el autor concluye que la derrota del PRI en 2000 marcó un punto de inflexión en la percepción de los mexicanos acerca del sistema político. Justo después de las elecciones 59% de la población opinaba que el país tenía un estatus democrático. También aumentó la satisfacción con la democracia debido a la alternancia. No obstante, a pesar de que la satisfacción con la democracia ha ido en aumento, hay sólo un 48% que en 2002 manifestaba estar a gusto con el funcionamiento de la democracia. Como Moreno lo plantea: la convicción democrática en México es una de las más bajas, comparada con la de países como Brasil, Chile, Argentina, Perú y Venezuela.

Este déficit de credibilidad democrática deberá, en caso de mantenerse, dar lugar a nuevas líneas de investigación en torno a la calidad de la democracia, concretamente en relación con la eficiencia de nuestras instituciones y, en particular, con los problemas derivados de nuestros partidos para poder cumplir con una función de representación, que seguramente afectan la valoración de los ciudadanos sobre la democracia. Asimismo, después de las elecciones de 2000 es de esperarse que el eje divisorio democracia-autoritarismo pierda sentido para los electores y dé lugar al predominio de los otros dos ejes analizados por Alejandro Moreno, esto es, los que se vinculan a temas sustantivos de las políticas económica, social y de valores, y que dividen a los electores mexicanos como en cualquier país democrático. Sin

embargo, la posibilidad de que los temas sustantivos tengan relevancia en la definición de las posiciones de los electores depende, en buena medida, de que los partidos pongan el acento en la discusión de las políticas públicas. Y en este aspecto los tres partidos principales parecen estar enfrentando problemas para ajustar y redefinir sus agendas durante la etapa de la postransición, lo cual también abrirá nuevos temas y problemas dentro del análisis político-electoral.

